



CONCILIO VATICANO II:

La importancia del ecumenismo

P. Rodrigo Polanco Fernandois

Pablo VI afirmó que la restauración de la unidad de los cristianos es uno de los fines de la convocación del Concilio.

El ecumenismo nació a comienzos del siglo XX en un ámbito cristiano no católico. Tres factores lo impulsaron: la experiencia misionera obligaba a superar el escándalo de la división si se quería ser eficaz en la evangelización, los nuevos estudios bíblicos mostraban que sólo en la unión a Cristo se superan las tensiones y divisiones, y había surgido un clima nuevo entre los cristianos de diversas confesiones que permitía iniciativas para buscar la unidad. Pero a la Iglesia católica le costó todavía medio siglo comprender esas iniciativas en su verdadero sentido. Le parecía que fomentaban el indiferentismo religioso. En general la *reunificación* se interpretaba como un *retorno* al catolicismo.

Fue el papa Juan XXIII quien abrió definitivamente las puertas a una plena integración del catolicismo a las acciones ecuménicas. Entre las razones para convocar el Concilio Vaticano II, afirmó que “la Iglesia católica considera deber suyo el esforzarse diligentemente en realizar el gran misterio de la unidad por la que Jesucristo, poco antes de morir, oró ardentemente al Padre” (11 de octubre, 1962). E instituyó en 1960 el Secretariado para la Unidad de los Cristianos, impulsor de los futuros encuentros y diálogos ecuménicos, a cargo del cardenal Agostino Bea.

Importante fue la presencia de casi cien observadores de otras iglesias y comunidades eclesiales, invitados oficialmente al Concilio. Aunque sin derecho a voz ni a voto, podían hacer llegar por escrito sus opiniones a los participantes y comisiones de trabajo. Su interrelación con aquellos fue determinante en los temas ecuménicos. Al igual que su predecesor, Pablo VI volvió a afirmar que la restauración de la unidad de los cristianos era uno de los fines de la convocatoria del Concilio. A lo largo de las sesiones, la asamblea conciliar fue reflexionando en varios documentos sobre la unidad de los cristianos. La *Constitución sobre la Iglesia, Lumen Gentium*, afirmó que el bautismo es lo que nos hace pertenecer al pueblo de Dios, de tal manera que, fuera de la estructura visible de la Iglesia católica, “se puede encontrar muchos elementos

de santificación y de verdad, que como dones propios de la Iglesia de Cristo, empujan hacia la unidad católica” (LG 8). El *Decreto sobre el Ecumenismo, Unitatis Redintegratio*, indicó “los medios, caminos y formas” para “restaurar la unidad entre todos los discípulos de Cristo” (UR 1). También tuvieron importancia el *Decreto sobre las Iglesias orientales católicas* y la *Declaración sobre la libertad religiosa*.

Terminado el Concilio, se multiplicaron las iniciativas. Se redactó el *Directorio sobre ecumenismo* y otros documentos que desarrollaron y aplicaron las instrucciones dadas. En las diócesis y conferencias episcopales se crearon comisiones o delegados para el ecumenismo. Surgieron muchas iniciativas de oración por la unidad de los cristianos, tanto al interior de la Iglesia católica, como en encuentros ecuménicos. Se constituyeron grupos multilaterales para el diálogo teológico, en donde existen ya unos primeros logros como la “Declaración oficial conjunta entre la Federación Luterana Mundial y la Iglesia católica sobre la doctrina de la justificación” (1999). Se ha trabajado en conjunto en la defensa de los derechos humanos o en pro del bien común (en Chile conocimos la creación del Comité pro paz en 1973). Sin duda, el resultado más significativo ha sido “la fraternidad recuperada, haber redescubierto que somos hermanos y hermanas en Cristo, haber aprendido a apreciarnos los unos a los otros, y haber emprendido juntos el camino hacia la unidad plena” (Kasper).

SITUACIÓN ACTUAL

Queda todavía un largo camino por recorrer. Con el mundo ortodoxo debemos purificar la memoria histórica para que pueda recuperar la confianza en la Iglesia católica. Con la Reforma protestante permanecen diferencias teológicas importantes en el campo eclesiológico y en el mismo fin del ecumenismo. Además han surgido nuevas divergencias, sobre todo en el campo ético, en temas como la defensa de la vida y de la familia. Y con una gran cantidad de las comunidades pentecostales todavía es muy difícil emprender caminos ecuménicos. Algunos de ellas tienen características fundamentalistas y entre sus miembros hay personas que abandonaron la Iglesia católica. Frente a todo esto los obispos en Aparecida nos pedían una autocrítica y una renovada conversión, y nos insistían en el diálogo ecuménico como “camino irrenunciable para el discípulo misionero” (227). **MSJ**